

Evolución o decadencia

Alfredo Acle Tomasini©

Esquematizar la historia es un recurso útil para comprenderla, lo que en no pocas veces también sirve para racionalizar el presente como una consecuencia lógica e inevitable de los hechos pasados. Particularmente cuando son los ganadores quienes los explican. Pero, el problema de los esquemas, es que a menudo nos entrampan dentro de sus coordenadas, imposibilitándonos a pensar fuera de ellas al punto de convertirse en verdades aceptadas que nadie cuestiona. De ahí, cabría preguntarnos si lo que vive nuestro sistema político es en verdad una transición o la continuidad de un proceso de decadencia, donde la derrota del PRI fue tan solo uno de sus episodios.

En efecto, la idea que prevalece en el discurso político es que los acontecimientos del 2000 se explican, por una parte, por los errores acumulados y las contradicciones que desgastaron el soporte social del PRI hasta el punto de hacerlo perder el control del poder ejecutivo, y por la otra, por una sociedad cada vez más exigente respecto a la transparencia de los procesos electorales y de los recursos públicos destinados a este fin, lo cual le restó el margen de maniobra que antaño le permitió ganar elecciones de manera cuestionable.

Si bien, la explicación anterior es útil para comprender a muy grandes rasgos lo que ocurrió en el 2000, su problema es que plantea las cosas desde una perspectiva maniquea. Así lo malo se concentra en el PRI y sus setenta años en la silla presidencial, y lo bueno en todo lo demás, donde desde luego están el resto de los partidos, quienes de una manera paciente vieron como el ogro gigantesco se desmoronaba, aguardando el momento correcto para sucederlo e imponer el imperio de la virtud donde antes existía el de la venalidad.

Así, habiendo establecido el punto de origen: la maldad y el punto de destino, la bondad, se empezó a hablar de la transición democrática, como si repentinamente en el auge de su omnipotencia, el PRI hubiera sido derrotado de una manera tan contundente como cuando a los dictadores les ha sobrevenido la muerte. Por ello no faltaron los despistados que vieron en el PRI a un Franco moribundo y en Fox a un Adolfo Suárez, por lo que en su ignorancia empezaron a proponer pactos como los de la Moncloa desconociendo que éstos tuvieron, como los acuerdos que entre sindicatos, gobiernos y cúpulas empresariales hubo en México durante los ochenta, un carácter económico más que político, por lo que desde luego, no fueron el marco que guió la transición democrática de ese país, como algunos erróneamente presumen.

Hablar de transición supone dos cosas: una que se sabe adónde, y la otra, que el punto de destino habrá de ser mejor que el de inicio. Desconocer lo primero implica navegar a la deriva, mientras que de no ocurrir lo segundo prevalecerá, por lógica, la decadencia o el estancamiento antes que la mejoría. Por tanto cuando vemos el tono, la calidad y, sobretudo, la intrascendencia del debate y la actividad política en México, no podemos dejar de sentirnos preocupados. No en vano, si algo ha descendido a niveles ínfimos en la estima popular es la figura del político.

Curiosamente, aun cuando hoy se desempeñen posiciones distintas, vemos prácticamente en todos los partidos políticos las mismas caras de antaño. No son noveles en el oficio, tampoco desconocen una historia que han vivido muy de cerca, y menos aún se pueden considerar ajenos a la cultura política nacional. Quizá por ello les esté costando tanto romper con los paradigmas de un pasado que repudian, pero que a la vez, parecen añorar. Si ayer algunos de ellos impulsaron cambios para que el país avanzara, hoy da la impresión, que éste se les puso muy por delante.

La obiedad del estancamiento económico y la negatividad de sus efectos nos han hecho pensar que éste es el principal problema nacional. Pero, si revisamos con detenimiento en dónde nos encontramos en el ámbito político, es fácil advertir que además de la escasa posibilidad de lograr acuerdos entre los principales protagonistas, nuestra situación se ha tornado en extremo vulnerable en la medida que el futuro inmediato es hoy día más impredecible.

Asusta el populismo mesiánico y divisorio. Asusta el oportunismo y la banalidad. Asusta la improvisación: Asusta que no evolucionemos sino que decaigamos. Asusta lo largo de la lista y varios de los nombres que hay en ella. Asusta que nada vaya a cambiar. Asusta que la incertidumbre se convierta en parálisis. Pero lo que más alarma es que cualquiera de estas cosas pueda pasar.